

## LA SUBASTA

**L**A concurrencia era escasa a pesar que la subasta estaba a punto de comenzar. No más de veinte personas se esparcían entre las butacas de la sala, en la que yo me había introducido accidentalmente al rehuir la mirada ocasional que me había dirigido un policía.

La calefacción funcionaba bien, y ello me indujo a permanecer en aquel lugar durante el tiempo que duraba la subasta. Por otra parte, me habían entrado deseos de comprar algo. Mis bolsillos rebosaban de billetes de banco, más de los que nunca hubiese llegado a poseer dedicándome al honrado oficio que había practicado hasta el día anterior. Pienso que cuando se roba dinero es para gastarlo, y ésta me pareció una buena ocasión.

En la pared había un cartel indicando que se iba a subastar la colección de antigüedades y objetos raros de un famoso viajero, llamado Mr. Tonybee. Esta anunciada para las seis en punto, y a las seis en punto penetró en la sala un hombre de perilla vestido de chaqué.

—Doy cinco libras —dije—. Pero nadie hizo caso de la broma. El subastador me miró con antipatía y tomó su lugar, detrás de una mesa elevada.

—Señoras y señores: Vamos a proceder a la venta de las antigüedades y objetos raros reunidos a lo largo de su vida por el incansable viajero y famoso coleccionista Mr. Tonybee, completamente arruinado en la actua-



lidad. Entre los objetos que vamos a subastar hoy, se encuentran ciertos ejemplares poco frecuentes en las salas de subastas. La discreción de todos ustedes nos es indispensable. Por ello ruego a quien no desee considerarse obligado a mantener el secreto sobre lo que vea aquí, que tenga la bondad de retirarse. Apelo a su caballerosidad.—Y el subastador se me quedó mirando fijamente.

—Prometo guardar silencio, —dije—. Era otra broma. No me podía dedicar a chismorrear cuando la policía de todo el país deliraba por echarme el guante. La cosa era más grave de lo que ustedes suponen: Para apoderarme del dinero me ví obligado a matar a un hombre y herir a varios. Todos los periódicos de Londres hablaban de esto.

El subastador asintió con desagrado. Levantó su mazo y golpeó la mesa. Dos hombres entraron con un gran jarrón chino y lo colocaron sobre el estrado.

—Jarrón decorado de la época Ming. Tasado en cien libras. Pueden ustedes pujar.

—Doy cien libras, —dijo un vejete con perilla.

—Cien libras y dos chelines, —dijo otro vejete con perilla.

—Ciento cincuenta libras, —dije yo.

El jarrón me fue adjudicado.

Inmediatamente los empleados trajeron otro jarrón casi idéntico al anterior.

—Jarrón decorado de la época Ming. Tasado en cien libras, —dijo el subastador.

—Doy cien libras, —dijo el primer vejete de la perilla.

—Cien libras y dos chelines, —dijo el otro vejete.

Se lo adjudicaron.

Pensé que debería llevar cuidado con mis pujas.

El tercer jarrón época Ming fue adjudicado al primer vejete con perilla por cien libras. Me miró sonriente.

—Es posible que el mío contenga algo de mayor valor que el suyo, —dije, molesto.

—¿Qué quiere usted que haya dentro de un jarrón Ming?, —dijo el vejete.

—Diamantes, por ejemplo.—Y dí un golpe al jarrón rompiéndolo. Los diamantes se esparicieron por el suelo.—¿Ve usted?

En los bolsillos repletos de billetes no podía guardar los diamantes. Decidí comprar cualquier caja que saliera a subasta.



Era la pieza siguiente. Una caja de madera con adornos de bronce, que parecía muy antigua y estaba cerrada con un fuerte candado.

—Caja de madera de sándalo con adornos de bronce. Persa, del siglo IX. Tasada en cincuenta libras.

—Doy cien libras, —dijo el vejete primero.

—Doscientas libras, —dijo el vejete segundo.

—Doscientas cincuenta libras, —dijo una mujer joven y hermosa que acababa de entrar y se mantenía de pie detrás de nosotros.

El subastador se inclinó en una reverencia:

—Bienvenida, Lady Godiva, —dijo sonriendo—. Tome asiento por favor.

—Trescientas libras, —dije yo.

—Trescientas cincuenta libras, —dijo el primer vejete, contando el dinero en su cartera.

—Mil libras, —dije yo.

—Mil quinientas libras, —dijo Lady Godiva.

Pero yo necesitaba la caja para guardar los diamantes:

—Dos mil libras.

—Se advierte a los señores postores que el pago ha de hacerse en efectivo y al contado, —dijo el subastador.

—Es lo reglamentario, —asintió la dama.— Pero no puedo superar la postura de este advenedizo en este momento.

—¿Ofrece usted dos mil libras?, —el subastador me miró.

—Sí, dos mil libras, —dije.

—Dos mil a la una, dos mil a las dos... Dos mil a las tres, —golpeó—. Adjudicado. Acérquese, por favor.

Advertí que al desembarazarme de las dos mil libras, en mi bolsillo se hacía suficiente lugar para los diamantes, y que por lo tanto la caja ya no me era de ninguna utilidad. Me sentí muy molesto. Comprendí que me estaba comportando como un estúpido en esta subasta.

Volví a mi asiento y puse la caja sobre mis rodillas. Intenté abrirla mientras se subastaba una serie de ídolos africanos. El candado resistía a todos mis esfuerzos. Recordé que de la voladura de la caja fuerte del banco me había sobrado un poco de trinitrotolueno, que conservaba en el bolsillo. Pregunté por el lavabo y me dirigí a él con mi caja. La pequeña explosión sonó apenas como el disparo de una pistola. De todas formas, la onda explosiva inutilizó la bombilla que iluminaba aquel lugar. Entonces, me encaminé de nuevo a la sala de la subasta, me senté en mi lugar



y abrí la caja. En el interior había una vieja lámpara de aceite en bronce. Yo había esperado encontrar más diamantes. La extraje de la caja y me oediqué a observarla, mientras sonaban en mis oídos las cifras de una nueva puja.

—Veinticinco libras.

—Veintiséis.

—Veintiséis libras y cinco chelines.

—Es bonita, ¿no es cierto?

Me sobresalté. Lady Godiva tomó la lámpara entre sus manos.

—¿Le interesa?, —me preguntó—. ¿O sólo le interesaba la caja?

—Sólo me interesaba la caja, —respondí. Me envolvía su perfume.

—Sería un bonito regalo para una dama, —dijo.

Cerré los ojos, el corazón me latía muy aprisa.

—Si usted quiere... ¿No sería demasiado atrevido por mi parte el ofrecérsela?

—De ninguna forma. Al contrario. —Me acariciaba la cabeza—. Muy al contrario.

—Entonces... Permítame. Es suya.

—Gracias caballero, —dijo. Y se fue con la lámpara. Antes de llegar a la puerta, sacó un pañuelo y la limpió. Sólo entonces advertí que acababa de regalar la lámpara de Aladino.

Acababan de adjudicar el último ídolo africano. Me encontraba descorazonado.

Hubo un descanso en la subasta. El primer vejete de la perilla había comprado uno de los ídolos.

—Es el dios de la lluvia, —dijo—. Lo conozco bien. ¿Quieren que se lo demuestre? —le dijo algo al ídolo. Inmediatamente se formaron nubes sobre nosotros y comenzó a llover.

—Basta, basta, —grité, subiéndome las solapas de la chaqueta. El ídolo hizo un trueno y cesó de llover. El arco iris triunfal se curvó sobre nuestras cabezas.

—¿Qué les parece? —dijo el vejete con satisfacción.

Hasta ahora la subasta había sido un mal negocio para mí. Apenas unos diamantes, que me resultarían muy difíciles de vender, dada mi condición de fugitivo de la justicia. De buen grado los hubiera cambiado por el ídolo que hacía llover. La pérdida de la lámpara maravillosa me entristecía terriblemente.

La subasta se reanudó con un pigmeo disecado. Era un objeto muy



grande: Un árbol por donde el pigmeo parecía trepar. Dí por él todo el dinero que me restaba: Mil seiscientas veintisiete libras. El subastador dijo:

—Quinientas libras.

Yo dije, después de contar el dinero que me quedaba:

—Mil seiscientas veintisiete libras, —porque consideré que se trataba de algo que valía la pena.

Ningún otro postor me salió al paso. Probablemente nadie poseía ya una cantidad igual.

Miré con orgullo a mi alrededor, especialmente al primer vejete de la perilla, y advertí de pronto a una mujercita muy pequeña acurrucada en una de las butacas, que hasta entonces me había pasado inadvertida. Se cubría la cabeza con las manos y parecía llorar.

—¿Sabe usted quien es esa mujercita? —pregunté al subastador al ir a pagar.

—No le haga usted caso, —dijo—. Usted lo ha comprado en buena ley. Es la mujer del pigmeo disecado. Pero no debe usted preocuparse. Ha venido a pujar para llevárselo, pero ¿sabe usted de cuanto dinero dispone? ¡Tres libras, cinco chelines y cuatro peniques! ¡Figúrese! ¡Una pieza de tanto valor!

—Entonces... ¿Está disecado recientemente?

—Un par de años.

Sentí repugnancia y me arrepentí de haberlo comprado cuando de cerca advertí el enorme tamaño del grupo. Debía pesar una tonelada y su transporte me iba a resultar un verdadero problema. ¿Y cómo hacerlo sin llamar la atención de la policía? Hice venir a la pigmea y le dije:

—Para tí.

Me besó los pies, cargó con el árbol y su pigmeo y se marchó.

Yo estaba asombrado:

—¿Está hueco?

—Naturalmente. Es usted muy generoso. Se ve que es usted un potentado. Ahora tendrá ocasión de demostrarlo: El próximo lote es el más interesante de la serie; —me confió.

—¿El próximo?

—Aguarde y verá. Siempre dejamos lo mejor para el final.

Yo era un comprador inexperto. Eso estaba demostrado: Apenas unos peniques en el bolsillo y como única compensación medio kilo de gordos diamantes. Y lo bueno todavía no había salido.



—Escúcheme, —me incliné a la oreja del subastador.— Me he quedado sin efectivo. ¿Podría usted subastar estos diamantes? Le daré el cincuenta por ciento de comisión.

El subastador sonrió:

—Perfectamente, —dijo—. De esa forma podrá usted pujar en el próximo lote, ¿no es así?

—Así es.

—De acuerdo.

Fuí a mi lugar y me senté.

El público carecía de gruesas sumas de dinero ya. Los diamantes fueron adjudicados en quinientas libras, sin puje, precisamente al primer vete de la perilla, de las cuales me correspondieron doscientas cincuenta. Era presumible que nadie tuviera esa cantidad ahora excepto yo.

—Y ahora, señores, vamos a proceder a la venta del objeto más raro de la colección de Mr. Tonybee, un ejemplar único, que ha acompañado al ilustre viajero durante muchos años. Pueden estar ustedes seguros que a no ser por la difícil situación económica en que se encuentra el excelso explorador jamás se hubiera desprendido de ella. Se trata de la esposa abnegada y fiel que ha hecho su felicidad durante los últimos cincuenta años... Mrs. Tonybee, valorada en cincuenta libras.

Desaparecí del lugar terriblemente enfadado. Doscientas cincuenta libras y unos peniques en el bolsillo no son ciertamente una cantidad que le invite a uno a marcharse al continente. Así es que decidí robar otro banco. Pero los bancos estaban muy vigilados ahora, y no me fue posible realizar mi propósito. Me atraparon. Hubo un juicio, me condenaron a muerte y me ahorcaron. Ahora estoy aquí. De vez en cuando escribo para distraerme. Porque, la verdad, yo no sé como pueden ustedes resistir estar aquí sin hacer nada, mano sobre mano, sin una mala mosca que espantarse de la calavera.

